

DEBATE

La evolución ideológica del socialismo en España

ENTRE LA REALIDAD Y EL DESEO. (NOTAS CRÍTICAS A ANTONIO GARCÍA-SANTESMASES, *REPENSAR LA IZQUIERDA*)*

Santos Juliá

UNED, Madrid

La década de los ochenta pasará a la historia general del socialismo por tres fenómenos de singular trascendencia: la crisis del reformismo socialdemócrata, el colapso del único socialismo realmente existente, y la evaporación del proyecto de socialismo democrático como una vía media entre la socialdemocracia y el socialismo real. La incomparablemente mayor relevancia del derrumbe de la Unión Soviética y de los regímenes socialistas ha dejado pequeña la crisis de la socialdemocracia y ha devuelto su verdadera dimensión al sueño de una tercera vía. En realidad, la secuencia de los fenómenos es la inversa a su trascendencia: la década comenzó con la crisis de los partidos socialdemócratas de la Europa del norte y del oeste, avanzó con el abandono del proyecto de socialismo democrático por los socialistas del sur, y terminó con la hecatombe del socialismo real en manos de los socialistas del este.

Si el derrumbe del socialismo realmente existente ha tenido como marco la Europa oriental más la Unión Soviética, la

crisis de la socialdemocracia se ha manifestado sobre todo en la Europa noroccidental, mientras que la disolución de la tercera vía se ha producido en el espacio europeo bañado por el Mediterráneo. Los tres casos están unidos, sin embargo, por una característica común: no se trata en ninguno de ellos de derrotas infligidas desde un poder político adverso, por un bloque compacto de militares, banqueros y burgueses reaccionarios enfrentados a unos movimientos populares de oposición siempre con vocación perdedora; no se trata de una derrota más en la secular lucha de clases, sino de fracasos labrados desde el gobierno por los propios sujetos de la transformación social. Los comunistas y los socialistas no pueden culpar ahora, como razón del derrumbe de sus proyectos, a un enemigo exterior, a una alianza de poderes imbatibles. Es, por el contrario, una experiencia que debe ser explicada desde sí misma, desde sus propias contradicciones e insuficiencias, reconstruyendo la biografía de los distintos sujetos históricos que durante los años veinte se habían identificado como vanguardia de la revolución, en los años cuarenta como reformadores de la sociedad capitalista en una marcha ascendente ha-

* Antonio García-Santesmases, *Repensar la izquierda*, Barcelona, Anthropos, 1993.

cia el socialismo, y en los setenta como portadores de un proyecto que aunaba socialismo y democracia en el intento, inédito, de construir una sociedad libre e igualitaria.

No hay que explicar, pues, por qué no se ha llegado a la meta, sino por qué, una vez llegados, ha resultado imposible llevar a la práctica los contenidos concretos de un ideal programa de transformación social. Sin duda, la crisis de la socialdemocracia noroccidental no alcanza, en absoluto, la magnitud del fracaso del socialismo del sur ni, sobre todo, la del colapso del socialismo del este: por muy crítica que la izquierda radical se haya mostrado respecto a la socialdemocracia reformista, acusándola de mera gestora del capital, su acción al frente de los gobiernos ha creado efectos persistentes, estructurales, en la propia sociedad capitalista y en el estado. Por el contrario, la caída del socialismo real arrastra la destrucción de toda su obra y se vive como rechazo de setenta años de historia, mientras que el abandono del socialismo democrático no ha dejado más que la memoria o la nostalgia de un ideal de juventud.

Era inevitable que el doble fracaso de los socialismos del sur y del este de Europa provocara reflexiones de muy diversos signos sobre el futuro del socialismo. Socialismo es, en efecto, un concepto tan equívoco como democracia, pues define tanto —en algunos casos más— un ideal como una realidad y la crisis o derrumbe de una determinada forma de socialismo no implica necesariamente para todos los que se identifican como socialistas la crisis o el derrumbe del socialismo en sí. De hecho, cada vez que los socialistas o los comunistas han llegado al poder lo que decían que hacían no era aún el socialismo sino alguna otra cosa que se situaba en el dirección del socialismo. No extrañará, pues, que incluso después de la caí-

da, y cuando no faltan voces que proclaman el fin puro y simple de todo socialismo, queden todavía socialistas convencidos de que una ya abundante experiencia histórica no afecta a la sustancia misma de su ideal precisamente porque ese ideal no se ha realizado.

Antonio García-Santesmases es uno de esos socialistas, es decir, alguien que por rechazar como no socialista todas las experiencias históricas, prácticas, de socialismo, sea en su vertiente socialdemócrata sea en la del llamado socialismo real, sigue firmemente convencido de que existe, en el horizonte al menos, un modelo de sociedad alternativo al capitalismo. Es, además, un socialista democrático, esto es, alguien que cree que ese tipo de sociedad no sólo no es incompatible con un parlamento sino que lo exige. Santesmases piensa que no hay socialismo sin democracia y afirma, con la seguridad propia de quien confiesa paladinamente su escasa disposición a las pruebas empíricas y su proclividad a lo especulativo,¹ que tampoco hay democracia sin socialismo. En tal posición, Santesmases puede sentirse al abrigo de la quema general: la crisis de la socialdemocracia no le afecta puesto que siempre ha sido un crítico por la izquierda de esa experiencia, a la que considera, cuando no traición al ideal socialista, mera gestión humanizadora del capitalismo avanzado; la quiebra del socialismo real tampoco le inquieta sobremanera, puesto que este tipo de régimen nunca ha merecido a sus ojos el nombre de socialista; en fin, la disolución del ideal del socialismo democrático en la práctica política real de los socialistas españoles o franceses tampoco es tema que le obligue a replantear los presupuestos sobre los que se construyó en los años setenta aquel proyecto puesto que ni unos ni otros han tenido el coraje de llevarlo a la práctica.

De manera que, a pesar de lo ocurrido

con las tres clases de socialismo en los años ochenta, Santesmases no tiene ningún problema en presentarse hoy como lo que en 1976 eran todos los socialistas españoles, o al menos, lo que era oficialmente el Partido Socialista Obrero Español, un partido marxista y democrático, cuyo principal dirigente aseguraba ante los delegados al XXVII Congreso que su partido conquistaría «irreversiblemente una sociedad en la cual la explotación del hombre por el hombre desaparecerá: una sociedad sin clases». Por este lado, pues, no hay sorpresa: al recuperar de revistas y periódicos artículos escritos durante los años que median entre aquellos momentos de expectativa y la realidad de hoy, Santesmases parece hablar en 1993 un lenguaje similar al que en 1976 era patrimonio de todo el partido: idéntica crítica a la socialdemocracia y al socialismo real, idéntica afirmación de la virtualidad de una tercera vía a la que define como socialismo democrático, idéntica convicción de que ese socialismo es posible con tal de que los socialistas se decidan a convertirlo en realidad.

Al mantener la validez del ideal del socialismo democrático, no le resulta difícil a Santesmases definir como una serie de continuas claudicaciones la evolución ideológica y la práctica política del partido socialista durante los años que cubren sus reflexiones. Todo lo que ha ocurrido después del abandono de la ruptura democrática —única entre las grandes opciones estratégicas del PSOE que considera justificada debido a la relación de fuerzas entonces vigente— le parece una renuncia al proyecto con el que los socialistas se presentaron en 1976: la política de consenso constitucional, el abandono del marxismo, la llegada al poder por métodos electoralistas y caudillistas, las políticas socialdemócratas desarrolladas desde el gobierno, la permanencia en la OTAN,

la integración en la Europa del capital, la ruptura con el sindicato, la guerra del Golfo; todas esas lecciones de pragmatismo y realismo que Felipe González ha administrado a su partido y, más allá de él, a la sociedad española, se consideran aquí como una renuncia al ideal proyecto concebido en el primer lustro de los años setenta.

La reconstrucción de la evolución ideológica del socialismo español que Santesmases ofrece es, por tanto, el análisis de una progresiva renuncia a lo que en el momento de la refundación constituyó la identidad socialista. No hay más que cotejar, en efecto, resoluciones de congresos y artículos o discursos de reputados dirigentes del PSOE de aquellos años con lo que luego han aprobado o escrito esas mismas asambleas y personas para medir la enorme distancia que media entre lo que entonces propugnaban los socialistas y lo que han realizado después desde el gobierno. El resultado de ese análisis es abrumador: tal vez ningún partido socialista, en toda la historia del socialismo, ha llegado a afirmar en tan corto tiempo tesis tan contrarias a las que había mantenido. En el camino, conceptos como república, autodeterminación, lucha de clases y —sobre todo— transición al socialismo han quedado como huellas de un pasado en el que se creyó que la sociedad sin clases estaba al alcance de la mano.

Santesmases condensa el proceso de claudicación en dos opciones que de ningún modo considera necesarias, obligadas, sino que obedecieron a la voluntad de los dirigentes políticos. La primera, el consenso constitucional; la segunda, la ratificación de la permanencia en la OTAN. El consenso tuvo como resultado el abandono de la voluntad de transitar hacia una auténtica, profunda, democracia; el referéndum sobre la permanencia en la OTAN significó, con el fin de la transi-

ción a la democracia, el abandono de la voluntad de transitar hacia un verdadero socialismo. Por la primera se acabó aceptando la democracia liberal, puramente parlamentaria y renunciando a otro tipo de democracia superior, la socialista, y por la segunda se acabó aceptando la incorporación al capitalismo internacional y abandonando cualquier perspectiva de avance hacia el socialismo. El resultado final no puede ser más desolador: el PSOE ha renunciado, voluntaria, gratuitamente, al proyecto de socialismo democrático.

Es imposible no estar de acuerdo con Santesmases en su análisis del cambio ideológico producido en el socialismo español y hay que agradecerle que no se haya avenido a presentar esa evolución como si todos se hubieran mantenido en el mismo sitio. Felipe González, que en 1976 aseguraba que el partido socialista tenía muchas razones para definirse como marxista, afirmaba dos años después que tal definición había sido un error y todavía unos meses más tarde desafiaba a su audiencia diciendo que él no había cambiado y que ahí estaban sus declaraciones para probarlo: las declaraciones estaban ahí, ciertamente, y probaban lo contrario. Santesmases tiene el mérito de señalar con el dedo el lugar que los socialistas ocupaban en 1976 y medir luego la rápida distancia recorrida en 1979, 1982 y 1986 desde aquellas posiciones. Por este lado, su análisis es sencillamente invulnerable.

La principal crítica que podría formularse al libro de Santesmases —aparte de su carácter fragmentario y a veces repetitivo, consecuencia de publicar sin modificación diversos artículos que tratan de los mismos temas— no se refiere, pues, al análisis de los diferentes contenidos de una evolución ideológica, sino a los presupuestos desde los que tal análisis se formula y a las propuestas de futuro que van

implícitas en su crítica. Por una parte, Santesmases parece suponer que el partido socialista pudo, desde el gobierno, desarrollar una política distinta, más acorde con las tesis aprobadas en su congreso de 1976 argumentando sencillamente que esa política era posible. Olvida, sin embargo, que el cambio estratégico del PSOE se produjo inmediatamente después de la segunda derrota electoral y dos años antes de la llegada al poder. Es imposible saber qué habría ocurrido en 1982 si los socialistas se hubieran presentado ante los electores con el lenguaje, las tesis, los proyectos aprobados durante los últimos años del franquismo y los primeros de la transición.

Porque lo que cambia en esos años decisivos no es sólo una ideología sino la propia organización partidaria —de menos de diez a más de cien mil afiliados—, su lugar en el aparato del Estado y su presencia en el terreno internacional. Es significativo que Santesmases no ofrezca un análisis del partido como organización, ni de los canales de su financiación, ni del sistema político en el que actúa, ni del marco internacional en el que se sitúa la acción del gobierno. Puesto que de una evolución ideológica se trata, Santesmases le somete a una pura crítica ideológica, esto es, a determinar la medida y los momentos exactos en que esa ideología se ha alejado del ideal del socialismo democrático. Es como si todo lo que le hubiera ocurrido al socialismo español desde 1976 pudiera interpretarse en clave ideológica.

El carácter ideológico de la crítica pone enseguida de relieve sus límites como instrumento para pensar o repensar no ya el pasado sino el futuro de la izquierda. Pues socialismo democrático es, en Santesmases, un ideal concepto crítico que revela su radical insuficiencia para el análisis de la realidad: el discurso político socialista —nos dice— no reconoce el carácter so-

cialista de los países del Este ni el carácter democrático de los países capitalistas. Se le podría responder: tanto peor para el «discurso socialista» que de esta forma se niega a reconocer lo real. Pero con esto tampoco adelantaremos nada. En realidad, lo que Santemas parece querer decir es lo siguiente: los países que se llaman socialistas no son socialistas; los países que se llaman democráticos no son democráticos. Los primeros no son socialistas porque su sistema político es una dictadura; los segundos no son democráticos porque su sistema económico es el capitalismo. Suprimamos, de los primeros, la dictadura, pero dejemos la base económica; suprimamos, de los segundos, el capitalismo, pero dejemos las instituciones democráticas. Mientras tanto, juzguemos el grado de socialismo y democracia de esas sociedades poniendo frente a ellas el espejo del socialismo democrático.

Pero esto es, como decía Sartori, no jugar limpio. Uno puede seguir diciendo después de tantos años, tantos desastres, tantos fracasos, que el socialismo es superior a la democracia liberal. Muy bien, de acuerdo. A condición de cotejar «lo real con lo real y/o lo ideal con lo ideal».² No vale ya por más tiempo afirmar la superioridad del ideal socialista a la realidad de la democracia. Si hablamos de democracia tal como es en la realidad, hablemos de socialismo tal cual es o tal cual ha sido en la realidad. Como recordaba Robin Blackburn, «la izquierda anticapitalista no tendrá ninguna credibilidad a menos que pueda dar una explicación a la calamitosa experiencia del comunismo desde 1917».³ Los sacudimientos de hombros, los gestos como que a los socialistas verdaderos no les afecta la caída del socialismo real ni la reiterada frustración real del ideal del socialismo democrático son coartadas que no resuelven la cuestión.

Con decir que «los que hemos criticado siempre al estalinismo no podemos aceptar que la dictadura del partido único, la planificación centralizada sin control democrático y la ausencia de libertad constituyan el socialismo» no adelantamos nada o, sí, algo adelantamos: situar el debate en un terreno puramente ideológico.

Lo cual no tendría mayor importancia si, una vez definido ideal o ideológicamente, el socialismo democrático no pretendiera erigirse no sólo en el único proyecto de verdadero socialismo sino en rasoero que mide el grado de socialismo y democracia realmente existentes. Y esto sencillamente, no funciona, no puede funcionar por más tiempo. Es una trampa impropia de la lucidez del analista seguir negando el carácter socialista a las sociedades socialistas porque no eran democráticas y seguir negando el carácter democrático a todas las sociedades capitalistas por la muy evidente razón de que no son socialistas. Incluso a quienes no sean aficionados a la acumulación de «evidencias empíricas» el análisis político exige comparar, por medio de conceptos dotados a ser posible de un alto grado de univocidad, experiencias reales; todo lo demás es pura especulación. Y los ideales —como ha recordado recientemente Habermas— también «necesitan una referencia empírica, pues de otro modo pierden su capacidad para orientar la acción».⁴

Inutilidad para orientar la acción: tal me parece la segunda insuficiencia de este conjunto de artículos. Pues, aun reafirmando la irrelevancia del concepto o de la idea de «socialismo democrático» para medir el carácter socialista o democrático de sociedades realmente existentes, podría pensarse que se trata de un ideal, de un proyecto que puede aglutinar esfuerzos con vista a una determinada acción, a un programa político. Es decir, podría pensarse que con socialismo democrático se

está indicando una dirección posible para el debate sobre el futuro del socialismo. Hay que rendirse sin embargo a la evidencia de que no es así o, al menos, de que no se formula con fuerza suficiente para que lo sea. He rastreado las páginas de este libro con objeto de anotar los contenidos políticos que se asignan al concepto «socialismo democrático» y mi conclusión es que su virtualidad sólo aparece cuando se trata, con él, de criticar al socialismo real o a la socialdemocracia: un socialista democrático no puede aceptar que se designe como «socialista» la dictadura del proletariado o una política encaminada a mejorar la gestión del capitalismo avanzado. Es claro: un socialista democrático sabe muy bien contra qué está; pero ¿sabe tan bien, o sabe también, a favor de qué está?

Aparte de que se trata de un socialismo autogestionario, no he podido reunir más que buenas palabras o magníficos deseos en la definición positiva de lo que sea el socialismo democrático como proyecto político o como modelo de sociedad y estado. Es, como todo el mundo sabe, un modelo inédito, del que apenas se puede decir algo más que es distinto de la socialdemocracia y del socialismo real y que concilia «los elementos positivos de ambas estrategias históricas». Y es en este punto donde se manifiesta con más claridad la radical insuficiencia del concepto no ya como crítico de una experiencia pasada sino como un indicador del camino futuro, pues las «estrategias históricas» no pueden desagregarse en sus elementos constitutivos y ofrecerse por retales al consumidor: de aquí tomo esto, de aquí esto otro. No se puede tomar de la socialdemocracia su respeto por las instituciones democráticas, y del socialismo real su superación del capitalismo para, con la mezcla, alumbrar un nuevo modelo de sociedad. Lo que la experiencia del socialis-

mo debía haber enseñado a los marxistas es que los «modelos de sociedad» nunca son productos de las voluntades emancipadoras de ciertas vanguardias históricas sino resultado de procesos de larga duración determinados por una multiplicidad de causas entre las que la voluntad y la conciencia de los hombres no parece ser siempre decisiva.

Es la concepción de un proceso histórico tan complejo como el de la génesis y desarrollo del capitalismo y del estado nacional lo que la izquierda necesita urgentemente revisar si pretende en serio «repensar» su proyecto. Santesmases ofrece una visión muy sumaria del capitalismo, sin ninguna referencia histórica, simplemente como modelo injusto, no igualitario, de sociedad, y supone que la democracia no sólo no tiene nada que ver en su origen y en su institucionalización con el capitalismo sino que simplemente no puede existir en una sociedad capitalista. Toda la relación entre las garantías jurídicas de la propiedad privada, los orígenes del estado moderno, el mercado y el desarrollo económico sostenido, que desde Landes a Jones constituyen la médula de una reflexión sobre la moderna sociedad europea, se desvanece aquí en afirmaciones puramente moralizantes. Afirmar, desde esos supuestos morales que el socialismo democrático es la superación democrática del capitalismo o la extensión de la democracia al ámbito económico, no pasa de ser la formulación de buenos deseos, que han mostrado ya reiteradamente su inutilidad como orientadores de la acción.

Si las palabras no son como gomas de mascar que se extienden indefinidamente hasta abarcar bajo su pegajosa sustancia cualquier objeto sino que están llenas del sentido que les confiere su propia historia, entonces habría que exigir a los que discuten sobre el futuro del socialismo que defi-

nieran a qué se refieren exactamente. Si socialismo democrático significa superación del capitalismo en el sentido en que en el siglo XIX se pensaba que el capitalismo habría de ser superado, esto es, convirtiendo la propiedad privada en propiedad colectiva y disolviendo el estado como política en una mera gestión de la producción, entonces socialismo democrático es un ideal que mira al pasado, a una etapa propia de los inicios del capitalismo industrial. Si la superación del capitalismo no entraña la supresión de la propiedad ni, en consecuencia, del mercado, ni, por tanto, de la democracia, entonces hay que expli-

car en qué se diferencia realmente —más allá de reforzar el poder de los sindicatos— el ideal inédito del socialismo democrático de la práctica ya más experimentada de la socialdemocracia. Si, en fin, socialismo democrático es un modelo de sociedad en el que han desaparecido todas las desigualdades y en el que todos los hombres son libres, honrados y cooperativos, entonces socialismo democrático es ese socialismo del futuro o ese futuro del socialismo en que entretiene sus pláticas Alfonso Guerra y algunos ideólogos de su entorno, pero ¿cree alguien de verdad que merece la pena seguir discutiendo?

NOTAS

1. Escribe Santesmases: «Algunos no somos tan aficionados, como [José M. Maravall] a la acumulación de material sociológico con evidencias empíricas, por lo cual muchas de nuestras reflexiones van a situarse en un nivel más especulativo». Y añade, en lo que puede ser una de esas erratas que hacen las delicias de los duendes de imprenta: «esperemos que ello nos aboque irremediabilmente a construir un discurso sin fundamento». Supongo que el autor quería decir «no nos aboque», pero la supresión de la negación deja a su discurso con un fundamento puramente especulativo.

2. Giovanni Sartori, *Teoría de la democracia*, vol. 1, *El debate contemporáneo* (trad. S. Sánchez González), Madrid, Alianza, 1988, p. 33.

3. «Fin de siècle: el socialismo después de la caída», en Robin Blackburn (ed.), *Después de la caída*, Barcelona, Crítica, 1993, p. 147.

4. Jürgen Habermas, «¿Qué significa hoy socialismo? Revolución recuperadora y necesidad de revisión de la izquierda», en R. Blackburn (ed.), *Después de la caída*, p. 59.

REPENSAR O CONGELAR LA IZQUIERDA

Ignacio Sotelo

Freie Universität, Berlín

Conviene advertir, para evitar malentendidos, que el texto que sigue no quiere ser una reseña del libro de Antonio García-Santemeses, *Repensar la Izquierda. Evolución ideológica del socialismo en la España actual* (Barcelona, Anthropos,

1993). Esta vez no estoy dispuesto a seguir los pasos del crítico hasta el olimpo, para dictaminar desde las alturas qué aspectos deben considerarse positivos y cuáles negativos, dónde el autor ha acertado y dónde se ha equivocado, vertiendo,